



## Semana del 5 al 11 de agosto de 2018. DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

“Al vencedor le daré un maná escondido y un nombre nuevo”

### 1.- La Palabra de Dios:

**1ª Lectura:** Ex 16,2-4.12-15: “Yo haré llover pan del cielo”

**Salmo:** 77,3 y 4bc.23-24.25 y 54: “El Señor les dio un trigo celeste”

**2ª Lectura:** Ef 4,17.20-24: “Vestíos de la nueva condición humana, creada a imagen de Dios”

**Evangelio:** Jn 6,24-35: “El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí no pasará sed”

**Monición:** Conociendo nuestra naturaleza, el Señor nos invita a ir al fondo de las cosas, a lo que realmente importa. El “hambre y la sed de justicia” que Jesús promete, “serán saciados”, se satisfacen con el Pan de Vida que es Él mismo. Cristo nos transforma en seres nuevos, que dejan de actuar conforme a lo superficial y estéril de sus propios criterios (segunda lectura). Creer completamente en Él, en un acto de total abandono, es el camino a la verdadera felicidad. Allí no importa si llueva, truene o relampaguee, pues como decía Santa Teresa de Jesús *“quien a Dios tiene, nada le falta”*.

### Del Santo Evangelio según San Juan (Jn 6,24-35)

+++ Gloria a Ti, Señor

Al ver que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, la gente subió a las lanchas y se dirigieron a Cafarnaúm en busca de Jesús. Al encontrarlo al otro lado del lago, le preguntaron: “Rabbí (Maestro), ¿cómo has venido aquí?”

Jesús les contestó: “En verdad les digo: Ustedes me buscan, no porque han visto a través de los signos, sino porque han comido pan hasta saciarse.

Trabajen, no por el alimento de un día, sino por el alimento que permanece y da vida eterna. Este se lo dará el Hijo del hombre; él ha sido marcado con el sello del Padre.”

Entonces le preguntaron: “¿Qué tenemos que hacer para trabajar en las obras de Dios?” Jesús respondió: “La obra de Dios es ésta: creer en aquel que Dios ha enviado.” Le dijeron: “¿Qué puedes hacer? ¿Qué señal milagrosa haces tú, para que la veamos y creamos en ti? ¿Cuál es tu obra? Nuestros antepasados comieron el maná en el desierto, según dice la Escritura: Se les dio a comer pan del cielo.”

Jesús contestó: “En verdad les digo: No fue Moisés quien les dio el pan del cielo. Es mi Padre el que les da el verdadero pan del cielo. El pan que Dios da es Aquel que baja del cielo y que da vida al mundo.”

Ellos dijeron: “Señor, danos siempre de ese pan.” Jesús les dijo: “Yo soy el pan de vida. El que viene a mí nunca tendrá hambre y el que cree en mí nunca tendrá sed.”

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús.

### 2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

Como habíamos adelantado la semana pasada, hoy continuamos revisando el capítulo 6 del Evangelio de San Juan, y este domingo nos tocó ver los versículos que van del 24 al 35.

El tema central de esta lectura es la referencia que Jesús hace a sí mismo, como *“El Pan del cielo”*, y conviene notar algunos aspectos, derivados de allí, que son en verdad muy importantes. Veamos:

La multitud que acababa de asistir a la multiplicación de los panes y los peces, se dio cuenta de que entre ellos ya no estaban ni Jesús ni sus apóstoles. Movidos tal vez por el entusiasmo de seguir presenciando maravillas, pero sobre todo por la posibilidad de seguir comiendo gratis hasta saciarse, se subieron en botes y cruzaron el lago, para llegar hasta donde estaba el Señor.

La curiosidad por los milagros se manifiesta en la pregunta que le hicieron: *“Maestro, ¿cómo has venido hasta aquí?”* Entre el Evangelio de la semana pasada y el de ésta, San Juan narra el caminar de Jesús sobre las aguas para alcanzar a sus apóstoles, de quienes se había distanciado para rezar, para volver a “centrarse”, para no dejarse contaminar por el entusiasmo suscitado con la multiplicación de los panes. ¡Cuánto aprendizaje podríamos sacar de esto!: de la necesidad de “focalizarse” a través de la oración, para no perder el rumbo, especialmente cuando las cosas “van muy bien”... En otra oportunidad será, pues ahora debemos retornar al Evangelio que analizamos hoy:

Probablemente, quienes hicieron la pregunta esperaban alguna explicación misteriosa, que de hecho, la había, pero se encontraron con la mirada penetrante de Jesús, que ve más allá de las apariencias. En vez de darles gusto, saciando su curiosidad, les invita a reconocer su propia realidad: *“Ustedes me buscan, no porque han visto a través de los signos, sino porque han comido pan hasta saciarse.”*



Con esta respuesta, podemos entender mejor para qué el Señor había multiplicado los panes y los peces: Él no sólo quería alimentarlos con ese “pan de un día”, sino que buscaba alimentar su espíritu. Como habitualmente hace, aún hoy, sacó provecho de la triste realidad de aquellos hombres, para dar frutos de Vida Eterna. Hizo que su interés les llevara a seguirle, y ahora les dará una lección definitiva. Con nosotros, hace exactamente lo mismo, aunque muchas veces no caigamos en cuenta.

Se llega a percibir cierta pena en las palabras de Cristo, que siempre ansía encontrar amor en las almas, y no sólo curiosidad o la búsqueda de fenómenos extraordinarios. Es como si les hubiera dicho: *“Me buscan por puro interés, no por amor... Pero aquí estoy Yo, que en la miseria manifiesto Mi Misericordia.”* Esa misma tristeza, la vivirá seguramente en nuestros días, cuando ve que hay mucha gente que vive buscando los “signos de Dios”, pero sin cambiar en nada, o en casi nada... sin hacer carne de Su mensaje, que es lo verdaderamente importante.

Jesús lo dice a continuación en forma totalmente clara: ***“Trabajen, no por el alimento de un día, sino por el alimento que permanece y da vida eterna. Éste se lo dará el Hijo del hombre; él ha sido marcado con el sello del Padre.”*** De este modo, les está mostrando la necesidad de esforzarse por obtener el alimento del alma, y no del cuerpo, la importancia de llegar a aquello que está en el fondo, más allá de las formas, de los signos visibles y palpables...

Las palabras de Jesús, tienen especial vigencia en nuestros días, en los que todo el sistema cultural está dirigido a formar una sociedad relativista, en la que lo único importante es aquello que nos brinda satisfacción en el momento, sin que siquiera uno se preocupe por medir el contenido moral, ético o espiritual de lo que “consume”. Si divierte, es bueno.

El cuerpo se alimenta diariamente, y nos esforzamos por satisfacer sus necesidades... eso está bien, pero lo que ya no está bien es que poco a poco vayamos perdiendo la noción de las hambres del alma, mientras estamos centrados en brindar los placeres al cuerpo. De allí la importancia del ayuno y las mortificaciones.

Quienes vamos comprendiendo lo que implica tener un alma, quienes nos vamos enamorando poco a poco más del Señor, debemos preguntarle, como aquellos discípulos: *“¿Qué tenemos que hacer para trabajar en las obras de Dios?”* Jesús les respondió: ***“La obra de Dios es ésta: creer en aquel que Dios ha enviado.”***

La pregunta del millón entonces, es: ¿Qué significa REALMENTE, creer en Aquel que Dios ha enviado? Nosotros, ¿creemos en Él, o solamente creemos que creemos...? ¿Somos conscientes, la mayor parte del tiempo, de que estamos trabajando en la Obra del Señor, y nos movemos sólo por fe y en todo conforme a la Voluntad de Dios...? ¡Seguro que no!: Lo decimos desde nuestra experiencia personal, y desde lo que podemos ver en muchas comunidades...

Hay muchas cosas que con frecuencia nos distraen. A menudo vemos personas muy santas, y damos infinitas gracias a Dios por eso, pero también vemos con qué facilidad se pierde el norte, con qué frecuencia aparecen los “yo”, la necesidad de andar poniendo los “sellos personales” a lo que se hace, la búsqueda de aplausos, los celos y las rivalidades, que amenazan con echarlo a perder todo.

Crear en Aquel que Dios ha enviado significa en verdad demasiado: Significa nada menos que esforzarse por hacerlo todo a la perfección, aunque esto parezca una locura...

En el Capítulo 5 del Evangelio según San Mateo, Jesús explica la diferencia entre la religiosidad externa y la conversión profunda, y luego de poner una serie de ejemplos al respecto, concluye diciendo de manera decisiva: ***“Por su parte, sean ustedes perfectos, como es perfecto el Padre de ustedes que está en el Cielo.”*** (Mt 5,48).

Naturalmente, esto no debe conducirnos ni a la soberbia, de creer que todo lo vamos haciendo bien, ni al desánimo, pues de antemano sabemos que la perfección absoluta, no es posible de alcanzar con nuestra frágil e inconstante humanidad, pero ese debe de ser el ideal que guíe nuestros pasos, a través de la imitación de Cristo.



Humanamente, es necesario echarle muchas ganas: preguntarse cada vez con mayor frecuencia qué haría Jesús en mi lugar, en estas circunstancias; hacer las cosas solamente para glorificar a Dios; huir de la tendencia natural a creer que somos nosotros los protagonistas, los acertados, los buenos, los capaces...

La oración, la meditación, la contemplación, el estudio profundo de las Sagradas Escrituras, los exámenes frecuentes y cada vez más rigurosos de consciencia, pero especialmente la recepción frecuente de los sacramentos, son los medios que Dios pone a nuestro alcance, a través de Su Iglesia, para transitar por este duro sendero...

Es un camino duro, porque exige hacerse violencia: exige no transigir con los deseos personales, no ceder ante los gustos improductivos o perjudiciales, no negociar el discernimiento y el cumplimiento de la Divina Voluntad para uno mismo, en cada circunstancia. Las humillaciones ayudan mucho en este camino. Si no te humillan los otros, humíllate tú. Si los otros te humillan, no te defiendas, a menos que sea sólo para dar gloria a Dios y promover o proteger su Obra.

En el mismo Evangelio de Mateo, leemos que Jesús nos dice *“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados”* (Mt 5,6), y en la Eucaristía, cuando la vivimos y recibimos a Jesús con absoluta consciencia, encontramos el cumplimiento pleno de esta Su promesa...

La justicia, en los términos en los que hablaba el pueblo hebreo, en el sentido al que se refería Jesús, es la santidad, es decir, la perfección. Cuando vivimos plenamente la Eucaristía, cuando estamos en Comunión y en diálogo permanente con Dios, nos vamos santificando, Jesús va saciando esa hambre de santidad... *“Yo soy el pan de vida. El que viene a mí nunca tendrá hambre y el que cree en mí nunca tendrá sed”* dijo el Señor, y allí es donde cumple Cristo Su promesa, en la medida en que nosotros acudamos con la debida disposición a recibirle...

¡Pero qué difícil parece ser el tomar consciencia de esto! ¡Cuántas misas celebradas, cuántas comuniones recibidas, y al mismo tiempo, cuán lejos estamos de la anhelada santidad! Como le decía el mismo Jesús a un místico sacerdote: *“¡Qué desperdicio de Sobrenatural!”* Pero... ¿Será que realmente anhelamos la santidad...? ¿Será que de verdad tenemos esa hambre y esa sed de justicia...?

*“Quien recibe el Pan de Vida de manos de un Sacerdote, lo recibe de Mis Manos, en conmemoración Mía ¡por lo tanto, en humildad, en entrega...!”* nos dice Jesús (Manantiales de Misericordia 50). Es en la Santa Misa donde se nos da el Pan de Vida, donde el mismo Jesús nos entrega su Cuerpo, su Sangre, su Palabra y su Divinidad para alimentarnos hasta la saciedad, para transformarnos. ¿Nos humillamos ante Él en ese momento y nos entregamos a Su Voluntad? Si no es así, no estamos recibéndolo “en humildad y en entrega”, como Él nos lo dice...

¿Dónde encontrar mayor humildad y mayor generosidad que la que Dios mismo muestra por medio de la Santa Eucaristía? *“En el pesebre Soy hermano suyo, en el Altar su Pan de vida, en el Calvario su rescate y su recompensa en el Cielo. Mi poder, como Rey inmortal de los siglos, y Supremo Señor de todo lo que existe, está puesto a disposición de los hombres, sólo les basta pedirlo amorosamente.”* Explica en el Arca de la Nueva Alianza (ANA-105)

Definitivamente, quizás el problema sea que no sabemos pedir amorosamente, como Él nos lo enseña...

El mismo Jesús nos dice que es Él Quien da el alimento que perdura, y es que la Palabra de Dios, anidada en el alma, permanece para siempre, forma parte de uno mismo, es la fuente y la esencia de donde el hombre encuentra las explicaciones y las soluciones a todo lo que pudiera angustiarse, y que se nos regala infinidad de veces en cada Misa, dentro de esos templos que hoy por hoy están casi vacíos...

El Pan de Vida no es aquel que se digiere y se desecha, sino el que forma la riqueza espiritual de la que sacamos sabiduría, paz y tranquilidad, amor y armonía en cada instante de nuestras vidas, porque Cristo, encarnado en el alma del hombre, permanece vivo y actuante para siempre.

Cuando el alma está en Cristo, o podemos decir también, cuando Cristo está en nuestra alma, desaparecen las dudas, las preguntas, la angustia y la oscuridad... en otras palabras, el alma está saciada, no tiene hambre, ni la tendrá ya nunca más. Ese es el efecto que produce el Pan del Cielo, Jesús nuestro Señor.



**“Yo soy el pan de vida. El que viene a mí nunca tendrá hambre y el que cree en mí nunca tendrá sed”** dijo el Señor, y es muy cierto, sólo debemos esforzarnos para ir hacia ÉL con la disposición necesaria, no distraídos por nuestras hambres del mundo (egoísmos, prejuicios, rencores, búsquedas de honores y de poderes, etc.), sino procurando saciar el hambre del alma, que ansía encontrar definitivamente el camino hacia Dios.

**3.- Preguntas para orientar la reflexión:** *(Leer pausadamente cada inciso, y dejar un instante de silencio después de cada pregunta, para permitir la reflexión de los hermanos)*

- a) Jesús es el Pan que alimenta el alma, ¿Con qué regularidad alimento mi alma con la Eucaristía...? ¿Tengo hambre de hacer la Voluntad de Dios?
- b) ¿Recibo la Comunión como lo que es: “el Pan bajado del cielo”, o lo hago sólo por costumbre, de manera rutinaria? ¿Le doy a cada Eucaristía el valor y la dimensión transformadora, santificadora de mi vida?
- c) ¿Son siempre mis comuniones alimento de vida y camino al cielo, o como dice Pablo, a veces “como mi propia condenación”? (Cfr. 1Cor 11,29) ¿Con qué frecuencia acudo a la Confesión?

**4.- Comentarios de los hermanos:** *Luego de un momento de silencio, se concede la palabra a los participantes de la Casita, para que expresen sus opiniones. Se buscará la participación de todos.*

**5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo. Cánones: 1094, 1334, 1383, 1355**

**1094** Sobre esta armonía de los dos Testamentos se articula la catequesis pascual del Señor, y luego la de los apóstoles y de los Padres de la Iglesia. Esta catequesis pone de manifiesto lo que permanecía oculto bajo la letra del Antiguo Testamento: el Misterio de Cristo. (...) Por esta relectura en el Espíritu de Verdad, a partir de Cristo, las figuras son explicadas. Así, el diluvio y el arca de Noé prefiguraban la salvación por el Bautismo, y lo mismo la nube, y el paso del mar Rojo; el agua de la roca era la figura de los dones espirituales de Cristo; el maná del desierto prefiguraba la Eucaristía, “el verdadero Pan del Cielo” (Jn 6,32).

**1334** En la Antigua Alianza, el pan y el vino eran ofrecidos como sacrificio entre las primicias de la tierra, en señal de reconocimiento al Creador. Pero reciben también una nueva significación en el contexto del Éxodo: los panes ázimos que Israel come cada año en la Pascua conmemoran la salida apresurada y liberadora de Egipto. El recuerdo del maná del desierto sugerirá siempre a Israel que vive del pan de la Palabra de Dios. Finalmente, el pan de cada día es el fruto de la Tierra prometida, prenda de la fidelidad de Dios a sus promesas. El “cáliz de bendición”, al final del banquete pascual de los judíos, añade a la alegría festiva del vino una dimensión escatológica, la de la espera mesiánica del restablecimiento de Jerusalén. Jesús instituyó su Eucaristía dando un sentido nuevo y definitivo a la bendición del pan y del cáliz.

**1383** El altar, en torno al cual la Iglesia se reúne en la celebración de la Eucaristía, representa los dos aspectos de un mismo misterio: el altar del sacrificio y la mesa del Señor, y esto, tanto más cuanto que el altar cristiano es el símbolo de Cristo mismo, presente en medio de la asamblea de sus fieles, a la vez como la víctima ofrecida por nuestra reconciliación y como alimento celestial que se nos da. “¿Qué es, en efecto, el altar de Cristo sino la imagen del Cuerpo de Cristo?”, dice San Ambrosio: “El altar representa el Cuerpo de Cristo, y el Cuerpo de Cristo está sobre el altar”. La liturgia expresa esta unidad del sacrificio y de la comunión en numerosas oraciones. Así, la Iglesia de Roma ora en su anáfora: “Te pedimos humildemente, Dios todopoderoso, que esta ofrenda sea llevada a tu presencia hasta el altar del cielo, por manos de tu ángel, para que cuantos recibimos el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, al participar aquí de este altar, seamos colmados de gracia y bendición.” (Misal Romano).

**1355** En la comunión, precedida por la oración del Señor y de la fracción del pan, los fieles reciben “el pan del cielo” y “el cáliz de la salvación”, el Cuerpo y la Sangre de Cristo que se entregó “para la vida del mundo”: Y este alimento se llama entre nosotros “Eucaristía”, de la que a nadie es lícito participar, sino al que cree ser verdaderas nuestras enseñanzas y se ha lavado en el baño que da la remisión de los pecados y la regeneración, y vive conforme a lo que Cristo nos enseñó. (San Justino).

**6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:**

**CM-54** He pedido fe, confianza y tienen poca, para poderme comprender en lo que les digo, pídanme más Fe, más confianza y les daré más de cuanto quieren.

Así es como Soy Yo el Pan de Vida, Soy Pan que proporciona sustancia de Fe y sustancia de luz, y Soy el sostén de todos los que a Mí se dirigen y Me creen. No, no quedarán con hambre si vienen a Mí, serán saciados por Mí y su sed se aplacará.



**7.- Virtud del mes:** Durante el mes de agosto, practicaremos la **Prudencia** (CIC: 1806-1835-1906-1805-1787-1788).

**Esta Semana veremos el canon 1806, que dice lo siguiente:**

**1806** La prudencia es la virtud que dispone la razón práctica a discernir en toda circunstancia nuestro verdadero bien, y a elegir los medios rectos para realizarlo. “El hombre cauto medita sus pasos” (Prov 14,15). “Sed sensatos y sobrios para daros a la oración” (1Pe 4,7). La prudencia es la “regla recta de la acción”, escribe Santo Tomás, siguiendo a Aristóteles. No se confunde ni con la timidez o el temor, ni con la doblez o la disimulación

**Y La Gran Cruzada nos dice al respecto:**

**CM-19** No tienen por qué justificarse, simplemente, permanezcan silenciosos y prudentes; hallen discernimiento en medio de la oración cuando alguien se ponga en contra de ustedes. El silencio habla... Siempre que su silencio no conduzca a ocasión de escándalo o pecado a los débiles, permanezcan en silencio y cuidadosos. Sin embargo, pongan paz a cualquier temor sin sentido. Mis Palabras deben penetrar en sus pensamientos, directamente al núcleo íntimo de su corazón y ser resguardadas en un lugar a salvo: el lugar de Mi Corazón en el suyo, Mi Corazón en el corazón de todos Mis hijos.

**8.- Propósitos Semanales:**

**Con el Evangelio:** Procuraré prestar mucha mayor atención a cada momento de la Misa. Meditaré acerca de cómo Jesús quiere ir transformado mi vida a través de la Eucaristía.

**Con la virtud del mes:** Cuando me vea en medio de una discusión me llamaré al silencio, salvo que mis palabras sirvan para apaciguar o encontrar la verdad.

**9.- Comentarios finales:** *Se concede nuevamente la palabra para referirse brevemente a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el Apostolado o para la Iglesia en general.*